

«Clotilde de Vaux, esposa eterna de Augusto Comte.»—Había otro cenotafio con estas palabras: «A la digna madre de Comte, Rosalía Boyer.» El tercer monumento sería para su hija adoptiva, Sofía, si no era posible poner el cuerpo de ésta en la misma tumba. Estos dos últimos monumentos se pondrían uno á la izquierda y otro á la derecha del «ataúd conyugal», que Comte quería dividir con Clotilde.—Se pondría también un monumento con esta inscripción: «Augusto Comte y sus tres ángeles.»

## II

Si tal fué la vida de Comte; si fueron sus extravagancias tan notables, ¿cuál sería su doctrina?

Trató Comte de fundar un sistema, filosófico á la vez que religioso.

A su sistema filosófico dió por fundamento el principio de no admitir en la ciencia sino los hechos testificados por la observación.

Respecto de su sistema religioso, Comte establece el culto de la Humanidad.

Tuvo por precursores en cuanto á la parte científica de su sistema, según el mismo Comte lo confiesa, á Hume, Kant, Condorcet y algunos otros.

Respecto de Hume, éste tenía por axioma lo siguiente: No podemos ir más allá de la experiencia.

Trataba Comte de fundar un sistema filosófico y religioso, para dar al mundo una nueva filosofía

y una nueva religión; y éstas substituirían á las antiguas, según decía él, después de tres generaciones.

La reorganización social se apoyaría en un poder espiritual, confiado á los representantes de las ciencias exactas. Una corporación de sabios europeos y un Comité occidental positivista, formarían una especie de Concilio permanente de la nueva iglesia, á fin de promover y continuar la reorganización de la vida humana, conforme á los principios de la filosofía positivista (1).

Respecto de la filosofía del sistema de Comte, hablaremos de ella en la segunda parte de este libro; al presente sólo trataremos de la parte religiosa.

El sistema positivo religioso de Comte, no es según la expresión de Gruber, sino una «misticación» favorecida por el espíritu vano y superficial de un siglo de semisabios (2).

En efecto, la religión positivista que Comte trató de fundar no es sino una imitación ridícula, y por cierto nada ingeniosa, de los sacramentos y ceremonias del culto católico y aun de la jerarquía eclesiástica; Comte era el gran sacerdote de la humanidad; administraba el bautismo y el matrimonio positivistas; como á un sacerdote católico, se le confiaban los secretos de la conciencia.

Había establecido una religión. A sus ojos la religión no era sino el estado de una completa armonía correspondiente á la existencia humana, considerada tanto colectiva como individual-

(1) *Cours de Philosophie positive*, VI, 640.

(2) *Le Positivisme*, Conclusión.

mente (1). En cuanto á la humanidad la consideraba como el centro de la religión, como el principio universal de toda reorganización positiva. Nada hay real sino la humanidad: la realidad no pertenece al individuo (2). La grande idea de la humanidad elimina irrevocablemente la idea de Dios, para reemplazarla por una unidad mucho más perfecta y de mayor duración. «A este Gran Ser, sólo verdadero, del cual somos miembros necesarios, se referirán en adelante todos los aspectos de nuestra existencia individual ó colectiva, nuestras contemplaciones para conocerle, nuestros afectos para amarle, y nuestras acciones para servirle (3).

»Este Gran Ser está formado de hombres, de generaciones pasadas, presentes y futuras, á propósito para la asimilación, esto es, que sea útil á la humanidad...

»Ciertos aliados útiles del reino animal, son aptos á la incorporación en el Gran Ser. El buey, el perro, el caballo, son más dignos de estimación que ciertos hombres. Aunque las especies animales no lleguen por sí mismas al Gran Ser, sin embargo, se encaminan hacia él, y el hombre puede elevar y favorecer la asimilación de aquellas especies perfeccionando su naturaleza física, intelectual y moral» (4).

Al Gran Ser añadió Comte, el Gran Fetiche y el Gran Medio, como objetos de culto. El Gran

(1) *Système de Politique positive*, VI, 590.

(2) *Ibid.*, I, 334.

(3) *Ibid.*, 329.

(4) *Ibid.*

Fetiche es la tierra con el sistema solar, y el Gran Medio es el espacio. Decía también Comte, que la mujer era la personificación más perfecta de la humanidad; y á la mujer (á Clotilde) rindió su culto; y la mujer es el verdadero centro de la humanidad.

Tenemos, pues, que la religión positivista se reduce á la adoración de la mujer; y tal adoración, sin duda alguna, no ha de ser únicamente espiritual; y el amor que se le tribute, no será platónico, sino enteramente sensual; y de esta manera los positivistas tendrán que llegar á la adoración de la más ignominiosa y brutal de las pasiones.

Así lo han comprendido ellos mismos, y á pesar de esto no han retrocedido. En Río Janeiro, por ejemplo, se ha comenzado un templo á la Humanidad, siguiendo lo prescrito por Comte; y una parte de ese templo fué inaugurado el 15 de agosto de 1891, día consagrado por Comte á la mujer, que represente á la Humanidad.

El gran cuadro de la Humanidad que será colocado en el templo, representa una virgen parecida á Clotilde de Vaux, la diosa de Comte. Está vestida de blanco, con una cinta verde en la cintura. Estrecha en sus brazos un hermoso niño, que tiene en la mano dos flores: una margarita y un pensamiento; el niño entreabre sus pequeños brazos, ve á la virgen y sonríe de amor. Dos ruiseñores levantando la cabeza cantan junto á sus pies. Al pie del cuadro se lee esta palabra: *Humanitas*. A uno y otro lado del cuadro, se ven otros menores que representan á Eloísa y á los

trece principales jefes de la evolución humana, que dieron sus nombres á los meses del Calendario positivista.

Hemos dicho que el culto y la adoración que los positivistas tributan á la Humanidad en su personificación más perfecta, como ellos la llaman, la mujer, tendría que extenderse hasta los últimos límites de la degradación y la ignominia, no solamente por lo que acaba de manifestarse, sino porque todo lo permiten las enseñanzas positivistas sobre el particular. Oigamos á algunos de sus principales representantes.

Según Littré, el origen de la moral se halla en los instintos de todos los seres vivientes. Las dos tendencias esenciales, de la nutrición y de la generación, son el origen orgánico del egoísmo y de la simpatía, de donde se deriva toda la moral: del primero viene el instinto de conservación y el amor de sí mismo con todas sus formas. La segunda produce la necesidad de amar bajo todas sus formas (1).

No hallándose, pues, la moral sino en los instintos de la naturaleza, éstos tendrán que desarrollarse sin ningún obstáculo hasta los últimos excesos del sensualismo.

El placer es el elemento esencial, dice á su vez M. H. Spencer, de toda concepción moral (2). Nuestras ideas de la bondad y de la malicia de los actos se originan en la certidumbre ó en la probabilidad con las cuales las creemos capaces de producir acá ó allá placeres ó penas. Las vir-

(1) *Revista de Filosofía positiva*, Enero de 1870.

(2) *Bases de la M. evolucionista*, C. III, n.º 16.

tudes deben ser clasificadas como tales, por su propiedad de causar la dicha. En el temor de Dios y en la obediencia á su voluntad, hay una negación de la moral y un resto de vanos temores, que produce en el hombre primitivo la ignorancia de las leyes de la naturaleza y de las causas (1).

El vicio no sólo está permitido, sino moralizado, y brilla á los ojos de los positivistas con la aureola de la virtud; y digan después de esto, si al adorar cada uno de ellos á su Clotilde, tendrán para con ella solamente elevados sentimientos y un amor enteramente puro. No podrán decirlo; y su experiencia dirá sin duda todo lo contrario.

Oigamos por último á Semérié, que hablando á los católicos dice lo siguiente: Á vuestros perfumes y á las armonías de vuestros cánticos, oponemos las fiestas espléndidas de la Humanidad en la santa ciudad de la Revolución; al culto de Dios, el culto de la mujer... Convenceremos á los hombres, persuadiremos á las mujeres, y no está lejos el día en que entremos en vuestros templos abandonados, y llevando en nuestras manos la bandera de la Humanidad triunfante (2).

Después de esto, que no se nos diga que son también objetos de culto la tierra con el sistema solar, y el espacio. Todo esto se ha inventado á fin de no presentar en toda su ignominia y desvergüenza la adoración de la carne ó sea el culto de la mujer que es, según los mismos positivistas, la personificación más perfecta de la Humanidad.

(1) *Lib. cit.*, números 11, 13, 18.

(2) *Positivistes et catholiques*, p. 135.

Digamos ahora siquiera una palabra acerca del culto positivista. Tiene este culto su servicio bien reglamentado.

En el servicio del domingo, hallamos lo siguiente:

«Fórmula sagrada: El amor por principio y el orden por base, y por término el progreso. Vivir para otro. Vivir para el gran día.

»Lectura de la *Imitación de Jesucristo*.

»Leemos la *Imitación de Jesucristo*, tan recomendada por nuestro Fundador, como el manual de devoción y de santa vida, aceptado más que ningún otro libro; mas á fin de evitar toda ambigüedad ó duda, en cuanto al uso que de él hacemos es de advertir que sustituímos la Humanidad á Dios; el tipo social al tipo personal de Jesucristo; el mejoramiento interior á la recompensa exterior; los instintos benévolos, innatos (instintos altruistas) á la naturaleza.

»Oración. ¡Oh Humanidad, gran potencia, á quien reconocemos como potencia suprema, de quien somos hijos y servidores; de quien todo lo hemos recibido, y á quien todo debemos ofrecerlo; séanos concedido buscarte á fin de conocerte mejor, y de amarte y servirte más perfectamente; y con tal objeto nuestros sentimientos sean más puros, verdaderos y profundos, y nuestro pensamiento más continuado y sostenido, nuestra acción más firme y enérgica!»

Lo demás de la oración sigue por el mismo estilo.

«Oración para terminar. Te glorificamos, oh santa Humanidad, según es nuestro deber, por

los beneficios que nos has hecho en el tiempo pasado; por los grandes tesoros de belleza y sabiduría que nos has legado; por la serie de grandes tipos que nos consuela y nos guía en la necesidad; por la libertad de obrar y de hablar de que gozamos. No permitas que seamos indignos de tales dones; mas al contrario que de día en día, con toda humildad y sinceridad de intención, con esfuerzo, y no sin ternura para con los otros, te glorifiquemos, y alcancemos para nosotros mismos, ayudando á los demás, las inmensas ventajas que sólo puede darnos la comunión contigo: Unión, Unidad, Continuidad. Amén.

»La fe, la esperanza y el amor de la Humanidad, os sirvan de apoyo, os inspiren simpatía, os den la paz íntima y la paz con los otros, ahora y para siempre» (1).

Laffitte en la circular n.º 30, 1878, reproduce este formulario para el uso de la iglesia positivista; y le ha añadido formas particulares para la administración de los sacramentos positivistas.

Si no han faltado á los positivistas el culto y los sacramentos, tampoco debía faltarles un soberano pontífice; y por esto la sociedad positivista establecida en Suecia, en 1880, se dirigía á Laffitte, en estos términos: «No creemos que la nueva iglesia pueda pasarse sin un soberano pontífice. Deseamos la fundación de una iglesia positivista; y que cuanto antes se establezca un

(1) Congrève. *Positivist school, in chapel Street, Lambs conduit street, W. C.*

sacerdote perfecto, que dirija el culto en el templo de la Humanidad» (1).

Comte á fin de asegurar su obra religiosa positiva, quería que se estableciera una corporación de sabios de Europa, un Comité occidental, parecido á un concilio permanente que se ocupase en la reorganización de la vida humana, según los principios de la filosofía positivista (2); mas esto sería para lo futuro; porque Comte durante su vida fué el gran sacerdote, el jefe supremo de la nueva religión.

Lo que más preocupaba al fundador del positivismo, era la elección de un sucesor. Al principio pensó en Littré, con quien tenía íntimas relaciones y á quien llamaba su principal cooperador, diciendo de él que era el único de sus discípulos que ejercía directamente el apostolado positivista, y que desarrollaba dignamente la aptitud religiosa del positivismo (3).

Pasado algún tiempo, Comte disgustado con Littré, pensó en Laffitte para sucesor; aunque no creía que tuviese la energía necesaria para una misión tan importante; renunció por fin definitivamente á su proyecto (4), y murió sin haber nombrado su sucesor.

Littré recogió, á pesar de los contrarios esfuerzos de Comte, la herencia del filósofo ó sea la sucesión intelectual del maestro; y con tal resultado, que la escuela positivista, encargada por

(1) 33 *Circulaire*, p. 16.

(2) *Cours de Philosophie positive*, 519 et suiv.

(3) *Lettres á Hadery*, 9 may, 1851. — *Revue occidentale*, 1884, II.

(4) *Testament d' Aug. Comte*.

Comte para continuar su obra, quedó como en la sombra; y la parte religiosa y política del positivismo quedó en el olvido.

Littré, colmado de elogios, creyó ser él el verdadero filósofo, y aspiró á fundar una nueva escuela para ponerla al frente de la de Comte (1), y fué llamado el espíritu, la voz y el alma del positivismo. Á él pertenece la forma con que se ha propagado por todas partes (2).

Maximiliano Paulo Emilio Littré, nació el primero de febrero de 1801; su familia pertenecía al partido jacobino, y estaba en relación con los miembros de la Convención. Su padre era enemigo declarado de la Religión, su madre era protestante. Emilio fué educado sin ninguna religión; pero, sin embargo, en sus primeros años creía en Dios, en la existencia y en la inmortalidad del alma; todo lo cual desechó después de algunos años (3). A pesar de esto, en cuanto á sus costumbres, no siguió los vergonzosos extravíos de Comte. Estudió medicina, y estaba habituado á los trabajos de gabinete. En 1835 se casó con una joven inteligente y católica fervorosa, con la cual vivió hasta su muerte.

Respecto de sus escritos filosóficos, en sus primeras publicaciones seguía enteramente el sistema de Comte; y decía que no juraba sino por la palabra del maestro, y que para encontrarla verdadera, hacía violencia á los hechos positivos (4);

(1) Antoine, *Aperçu sommaire sur la vie de M. P. Laffitte*.

(2) *La Chaîne d'Union, Journal de la Maçonnerie Universelle. Or. de Paris, 1881*.

(3) Caro, *Littré et le Positivisme*.

(4) *Conservation, Revolution, Positivisme*.

mas desde el año de 1852, en que cesó en sus relaciones con Comte, se separó de la doctrina del que había sido su maestro. Esto se conoce principalmente en su obra: *Palabras de la Filosofía positiva* (1859).

El positivismo de Littré, según él se expresaba al ser recibido en la logia masónica la «Clemente Amistad», consistía en abstenerse de toda afirmación acerca de las grandes verdades cuyo conocimiento es el más importante para los hombres: «Yo no puedo saber nada, dice; yo no debo saber nada; yo no quiero saber nada. Nada sé de Dios, del alma, de la creación, de la vida futura.» Esta es, en resumen, su profesión: «Ninguna ciencia niega una causa primera, no habiendo encontrado jamás cosa alguna que la desmintiera; ninguna ciencia afirma esa causa primera; pues jamás se ha podido demostrar.... No se niega que una causa ulterior sea final, pero nunca se ha ido más allá» (1).

Littré no ha podido evitar grandes contradicciones en su sistema. Por una parte elogia la solidez y la unidad del sistema de Comte, y por otra, en su libro titulado: *Augusto Comte y la Filosofía positiva*, se esfuerza cuanto puede en demostrar que el segundo período de la carrera filosófica de Comte, se halla en contradicción con el primero.

Dice Littré en la obra citada que hacía más de veinte años que seguía la filosofía positivista, con una confianza nunca desmentida; que Comte

(1) Moigno, *Esplendores de la fe*, cap. XII.

jamás se contradice, y que en su sistema todo es uniforme. Por otra parte, dice que no niega que Comte le haya arrastrado á algunos errores; que está obligado moralmente á confesarlo, acusándose de precipitación, de demasiada docilidad, ó de poca inteligencia.—«Comte, añade Littré, asegurando que no hacía sino desarrollar la filosofía positiva, cambiaba de método. Embrolló y confundió los dos métodos, el objetivo y el subjetivo, *d'une façon inextricable*.» De allí nació una cosa que no tiene ejemplo: un método con una cabeza positiva y la extremidad subjetiva ó metafísica, que es lo mismo.

Littré no sólo divide en dos partes el sistema de Comte, sino que destruye los principios fundamentales de la primera parte. Respecto de la ley sociológica, piedra angular del sistema de Comte, Littré lo tiene como expresión empírica y abstracta de los hechos, mas no como ley racional y como fundamento de toda evolución intelectual; y la substituye con su ley de las cuatro épocas ó edades siguientes: 1.<sup>a</sup> La humanidad bajo el imperio de la necesidad.—2.<sup>a</sup> Bajo el imperio de la religión.—3.<sup>a</sup> La edad del arte que engendra las construcciones y los poemas.—En la cuarta edad de la ciencia prosigue la razón, la verdad abstracta (1).

Littré rechaza enteramente la teoría cerebral de Comte, con quien se halla en abierta oposición respecto de la moral.—En fin, abandona sucesivamente los diversos puntos de vista del sistema de

(1) *Paroles de Philosophie positive*, p. 44 et suiv.

Comte, y reduce el positivismo al solo método positivo (1).

El método de Littré es más estrecho y riguroso que el de Comte; éste permite las conclusiones y deducciones *a priori*, con tal que descansen directa ó indirectamente sobre la observación. Littré asegura que ninguna realidad puede ser establecida por el raciocinio; y que al razonar sobre las existencias, las premisas deben tomarse de la experiencia; y que, sin embargo, la conclusión será probable, pero nunca cierta (2). Las conclusiones *a priori* de nada sirven á la ciencia positiva, que es una transformación de la observación y de la experiencia.

De los dogmas esenciales del positivismo, excluye, contra la opinión de Comte, la moral; y con todo, en otra parte habla de la necesidad de completar el sistema del Maestro, por una teoría subjetiva de la humanidad, que comprenda la moral, la estética y la psicología (3).

Sostiene que es vano y estéril buscar las causas primeras y las finales. Los abismos, dice, permanecen mudos; y nada contestan á nuestras preguntas.—Afirma la existencia de un incognoscible que, aunque permanece fuera del dominio de la ciencia positiva, es, sin embargo, una realidad: «Lo que está más allá de la ciencia positiva, ó materialmente, como el fondo del abismo sin límites, ó intelectualmente, como el encadenamiento de las causas sin término, es del todo in-

(1) Gruber, *Le Positivisme*.

(2) *Principes de Philosophie positive*.

(3) *A. Comte et la Philosophie positive*, p. 667.

accesible al espíritu humano. Mas, inaccesible no quiere decir nulo ó no existente. La inmensidad material é intelectual se une estrechamente á nuestros conocimientos, y de esta alianza resulta una idea positiva; y del mismo orden. Tocando y rodeando la inmensidad, se presenta bajo un doble carácter, la realidad y la inaccesibilidad. Aquella inmensidad es un océano que azota nuestras costas; y para navegar sobre sus aguas, no tenemos barca ni vela; pero su clara visión es tan saludable como temible» (1).

Littré en nada disimula su materialismo. «El mundo, dice él, no es sino la materia con las fuerzas inherentes á ésta misma. El dominio intelectual y moral es una extensión, una rama de la fisiología. El pensamiento es inherente á la substancia nerviosa, como la pesantez á los cuerpos. En efecto, la razón ó el juicio es la función por medio de la cual las células cerebrales, elaborando las impresiones en ideas, las combinan según sus relaciones lógicas, que expresan las funciones propias de las células. No hay libre albedrío. Si conociéramos todas las circunstancias de los actos humanos, descubriríamos que eran tan necesarios como los fenómenos físicos» (2).

Los fenómenos morales reconocen un doble origen: el instinto de la nutrición y el instinto sexual; del primero viene el egoísmo, y del segundo el altruísmo. Las ideas ó fenómenos intelectuales son el resultado del proceso del cerebro, que elabora las impresiones externas; y de

(1) *A. Comte et La Philosophie positive*, pp. 519-525.

(2) *Philosophie positive*, II, 153.—I, 275.—III, 247.

las internas resultan los sentimientos. Los monitores constantes de la moralidad son el placer y el dolor. La idea de lo justo y de lo injusto se reduce biológicamente á la identidad ó á la diferencia en el dominio del pensamiento. En el orden intelectual, la adhesión mandada por la identidad se llama prueba; y en el orden práctico se nombra deber» (1).

Por otra parte, Littré reprueba el utilitarismo de los filósofos ingleses, y condena las teorías evolucionistas y sus explicaciones sobre la moral (2).

La revelación de Littré sobre el origen del altruismo, y la teoría de los positivistas acerca del amor libre, nos manifiestan que no merecen las alabanzas que Comte le tributa, sentimiento de bondad, de benevolencia y bienhechor; no es, realmente, sino el instinto de que nos ha hablado Littré, instinto que, según la teoría á que nos hemos referido, se desarrolla sin límite y sin freno, y no es otra cosa que el absoluto desbordamiento del sensualismo que lleva hasta los últimos excesos. Sin embargo de esto, la moral, según Comte, consiste en el predominio de los instintos sociales, altruistas y simpáticos, sobre los instintos personales, en el sentimiento de la Humanidad, en la máxima que le sirve de divisa: «Vivir para otro».

En cuanto á él mismo, atribuye particularmente á Clotilde el desarrollo de sus más nobles sentimientos, sobre todo el altruismo y la simpa-

(1) *La Science*, p. 491 et suiv.

(2) *Philosophie positive*.

tía, en los cuales ha encontrado la paz interior, la felicidad, y el poder excitar en los otros esas tendencias fundamentales en la organización del mundo positivista (1).

Si Comte no reveló con toda claridad cuál era el fin degradante y vergonzoso á donde conducía el altruismo; el que fué en algún tiempo el más querido de sus discípulos, Littré, si lo hizo.

Después de esto, podemos comprender cuál es el sentido y cuánto es el valor de las siguientes enseñanzas de Comte: «La religión de la Humanidad da á la vida privada un carácter absolutamente social. Toda función humana, aunque se realice en un órgano individual, es siempre social por su verdadera naturaleza, puesto que la participación personal se subordina constantemente al inseparable concurso de los contemporáneos y de los predecesores.—La vida, la fortuna, el talento, la instrucción, el carácter, los bienes y las ventajas materiales, intelectuales, sociales y aun morales pertenecen á la Humanidad y vienen de ella. El continuo deber de cada uno es vivir para otro, que resulta necesariamente de este hecho irrecusable: «Vivir para otro.»

»Este altruismo conducirá á la felicidad más pura, así como por lo contrario el egoísmo es el origen principal de la desgracia de los hombres. Solamente el altruismo da la fuerza de vencer los instintos personales (egoístas) (2).

»Tales enseñanzas, ¿no dejarán entrever una

(1) *Système de politique positive*, I. P. P. I. suiv., IV, conclusión.

(2) *Ibid.*, 1,352.



inmoralidad muy profunda? Y ¿no hallaremos lo mismo en el matrimonio positivista, en el cual las obligaciones del estado relativas á la generación, pueden ser absolutamente suprimidas? Y ¿la ridícula teoría de la virgen madre, propuesta por Comte? Los ensayos de semejante teoría son del todo inconciliables con la moral; y, sin embargo, esa teoría es el ideal que tiene que perseguirse en la organización positiva» (1).

En cuanto á religión, Littré asegura que todas las religiones teológicas son igualmente vanas. Representan de la misma manera lo que no puede ser conocido. Esto desde el punto de vista filosófico. Desde el punto de vista histórico, la superioridad corresponde al Catolicismo.

Para Littré todas las pruebas de la existencia de Dios son defectuosas; y niega la existencia del milagro (2).

Respecto de la humanidad, dice que es necesario conocer ese ideal: Ciencia y educación, amar (religión), embellecer (bellas artes), enriquecer (industria), mantiene toda nuestra existencia individual, doméstica y social bajo su dirección suprema (3).

El juicio que se ha formado de Littré, es que no puede llamarse continuador de Comte, cuyo sistema ha volatilizado hasta no dejarle sino la corteza; mejor, nada le ha dejado. Ni es ni puede llamarse jefe de escuela, porque su doctrina no le pertenece; quería fundar una escuela

(1) *Système*, IV, 68 et suiv.

(2) *Philosophie positive*, X, 166, XX, 6.

(3) *Ibid.*, III, 141.

positivista superior bajo el amparo de los diputados, de los periodistas, de los francmasones y aun de los senadores; mas nunca lo hizo; y sin embargo su positivismo fué admirado y colmado de elogios en Europa, acaso por el medio social en que vivía, dice un crítico, y por su personalidad (1).

(1) Gruber, *Le Positivisme*.

